
Discurso pronunciado por el señor Presidente de México, Licenciado Adolfo López Mateos, en la Universidad de Chile el día 29 de enero de 1960

Señor Rector de la Universidad de Chile.

Ilustres delegados de otras universidades chilenas.

Distinguido representante del Instituto Chileno-Mexicano de Cultura,

Señores catedráticos,

Investigadores y amigos estudiantes.

Universitario por vocación desde mi juventud, llego ante vosotros —foros insignes de la cultura superior de Chile— a expresaros desde el fondo de una conciencia y un corazón fraternos, mi conmovido reconocimiento por la alta distinción que hacéis hoy a México en mi persona.

Ser miembro honorario de la Universidad que guarda la tradición humanista y la enseñanza inmarcesible de Andrés Bello, confiere, con el honor, la responsabilidad de trabajar incansablemente por la unidad espiritual de la América Latina, patria común de la cultura a que pertenecemos como ciudadanos de un república, idea cuyas fronteras interiores unen y deben unir más a sus comarcas en vez de dividir las.

La presencia de todas las universidades chilenas en este acto, le comunica una solemnidad especial que me obliga paritariamente con todas ellas; y simboliza, a mi ver, el alto grado a que llegan en un país culto entre cultos, la colaboración y la armonía de sus grupos intelectuales. Esta cooperación anuncia ya lo que llegará a ser un día —así lo esperamos y así lo promoveremos en la máxima medida de nuestras fuerzas— la alianza de todas las universidades latinoamericanas.

Al Instituto Chileno-Mexicano, que surgió esta junta, vaya con mi gratitud mi firme creencia en la eficacia de su acción para acelerar el acercamiento iniciado con la reciente firma del primer Convenio de Intercambio Cultural entre nuestros países.

Las organizaciones instituidas para ges-

tionar el conocimiento recíproco entre las naciones, son agencias de un afán permanente que vuelve dinámicos, en su esfera, los arreglos conseguidos entre gobiernos para entrelazar a nuestros pueblos.

«Cuando los universitarios nos reunimos, fuerza es que caigamos en coloquio acerca de la cultura, sus medios y sus fines.

Las crisis de la humanidad se nos manifiestan más obviamente como momentos críticos de la economía y la política; pero, cabe preguntar ¿qué son política y economía, sino elementos integrantes de la cultura?

Lo que afecta a esas porciones vitales del cuerpo social, lo afecta en toda su estructura. Semejantes a organismos vivos, las culturas tienen su biología, hecho avizorado y reconocido desde dos talayas históricas diferentes: la de Spengler y la de Toynbee.

«Nuestro tiempo es el tiempo de los grandes continentes» dijo ayer en frase lapidaria el ilustre Presidente del Senado Chileno. El Corolario ineludible de esa certera proposición parece ser: nuestro tiempo es la era de los grandes continentes culturales». Y, sin embargo, nunca como ahora el saber, substancia y motor de las culturas, se encontró tan dividido por causa de su propio desarrollo. Vivimos la edad de las especialidades, de la investigación aguda y penetrante sobre amplitudes cada día menores. Las ciencias van alejándose las unas de las otras y, como naves en la niebla, apenas si se ubican y reconocen entre ellas por el sonar de sus sirenas que lo mismo pueden anunciar la cercanía de las playas de la vida y la paz, o presagiar la proximidad de las rocas de la guerra y la muerte.

Las áreas políticas en que nuestro mundo se encuentra escindido marcan a su vez rumbos diferentes, si no a la ciencia pura, sí a las constelaciones culturales que caen a opuestos lados de la rosa de los vientos filosóficos.

Dentro de cada una de esas áreas, la multiplicidad de las tendencias vulnera la congruencia del conjunto; y así, por la creciente variedad de las dedicaciones científicas, por el influjo recíproco entre sistemas sociales dispares y por la interacción de un campo sobre el otro, en la edad de los grandes continentes, nos encontramos en el archipiélago de las culturas.

He aquí, a mi entender, planteado el problema medular de la universidad moderna, fuerza de cohesión, centro unificante y denominador común del pensamiento.

A su irrestricta libertad investigativa, ha de añadir, para devolver los impulsos dispersivos a su centro común, una docencia inspirada en el nuevo humanismo, en la doctrina que mira al hombre y a las sociedades que los hombres formamos, como el objeto último a que han de aplicarse con sentido positivo los adelantos técnicos que la ciencia pura vuelve posibles.

A colmar las insuficiencias, a promover la paz en la justicia, a erigir la dignidad sobre la necesidad desnuda, a procurar la abundancia distribuida con equidad, y al imperio de la ley, la fraternidad entre las gentes; a esto, a todo, esto, han de contribuir los universitarios y sus casas de estudio.

El ideal universitario se cifra en el mucho saber y en el mucho sentir, pero para ser real y verdaderamente humanos.

Si ya no podemos aspirar a la universalidad enciclopédica, porque la amplitud y el avance de la ciencia han roto la ecuación entre sabiduría y capacidad individual; si a eso no podemos razonablemente dirigir nuestro empeño, os digo, apliquemos nuestras universidades a hacer de cada especialista, de cada investigador, de cada profesional que formen un hombre completo; un hombre cuya cultura sustantiva sea lo más vasta posible, pero cuyo ser se haya impregnado de las esencias generales, de las síntesis vivas de lo contemporáneo cultural, para servir así mejor a sus semejantes. Un hombre despierto a las exigencias de su tiempo, y apto —en cuerpo, mente y espíritu— para responder a ellas con actos concretos y eficaces.

Hemos de preservar la peculiaridad de las universidades en el ámbito de una ética social, de una actitud común, como por definición conservan su fisonomía propia las especies, dentro de la vastedad de los géneros.

Cada país tiene enfrente un número de problemas ligados a su actualidad y a su porvenir. En los países democráticos, las fuerzas sociales positivas concurren a plantearlos y a resolverlos en un juego libre de afinidades y diferencias que la democracia garantiza.

La mayor responsabilidad en esta tarea conjunta recae sobre los hombres y las mujeres que hemos recibido el patrimonio de una cultura superior, legado de la sociedad a que pertenecemos. Hemos de retribuir el privilegio de que disfrutamos, derrumbando las "torres de marfil", para salir a descubierto y pagar al pueblo nuestra deuda.

Creación e irradiación de cultura, fuerza gravitativa que atrae a los mejores intelectos, sí eso es la universidad, pero también debe ser escuela de desinterés, de la cívica doctrina que nos manda servir primero al país, a nuestra sociedad, a los pueblos hermanos, antes que egoístamente a nosotros mismo. Sólo así cumplirá su función la universidad moderna, la de mejorar por el saber y la dignidad al género humano y no sólo a algunos de sus individuos.

Cuando la Universidad recibe un joven, de antemano ha de saber qué hombre o qué mujer va a restituir al hogar. Una misma levadura debe insuflar los ánimos y un mismo propósito de servicio social ha de inspirarlos encima de las diferencias profesionales.

Cuando me dirijo a la juventud universitaria de mi país, me galvaniza el recuerdo de mis años estudiantiles y de mis limitados afanes docentes; y extremo mi ánimo para hacer entender mejor a los jóvenes mexicanos, que ellos, nuestros reemplazos en la acción, deben ser mejores que nosotros; les invito a advertir que en nuestro siglo la responsabilidad nace temprano, nace con la libertad misma, en dualidad inseparable; que a la generosidad, al fresco impulso, a la fuerza primigenia y a todos los demás atributos de la edad temprana, debe anarse una idea clara de las mejores causas sociales, que a menudo limitan y constriñen, pero que siempre, si las abrazamos al franquear el santuario de la cultura superior, disciplinan los ímpetus juveniles, los fecundan, y de un simple joven hacen un hombre joven con toda la dignidad inherente a lo humano. Cumplir los deberes escolares y crearse a sí mismo, bajo la docta guía de los maestros, una conciencia del deber social, son mandamientos que resumen el decálogo universitario.

Quiero recordar en este fausto día a la juventud universitaria chilena, a la que ofrezco mi cariño con llaneza de antiguo compañero, estas caras palabras que viven grabadas muy hondo en mi pecho desde los inolvidables días del estudioso afán: "el que pierde la mañana, pierde la tarde; el que pierde la juventud, pierde la vida".

Para ganar una vida plena hemos de recordar en todo momento que la ciencia y el arte son dimensiones y creaturas del hombre, y no debemos permitir que se repita en nosotros el caso del aprendiz de brujo. No permitiéndolo conjuraremos el diabolismo fáustico de nuestra civilización.

Señor rector —y en vos saludo a todas las representaciones universitarias aquí congregadas para fraternizar por México, honrándome sin causa personal suficiente—; ilustres maestros, investigadores y amigos estudiantes:

Quedan aquí con vosotros los más sinceros votos de mi corazón, que late en todo instante por mi patria y anhela ver formado el gran continente de la cultura latinoamericana; mis votos firmes, digo porque mantengáis la continuidad ascendentes de vuestras limpias tradiciones culturales; porque llevéis adelante la antorcha que encendieron vuestros mejores intelectos: Bello, Domeyko, Barros Arana, Letelier, Amunátegui Solar y la nómina rica y variada de los grandes chilenos que os precedieron.

Comunicaré a los universitarios mexicanos el trasunto de esta tarde inolvidable de hermandad en la cultura, y los exhortaré a conocer mejor a la República de Chile, para acendrar su amor fraterno, y corresponder así a vuestro interés y a vuestro afecto por mi patria.